

El pensamiento médico de Laín Entralgo

El poliedro y la esfera

Desde «el espíritu de geometría» pitagórico y el eidetismo jaenschniano sale en su espacio-tiempo, un Pedro Laín Entralgo configurado por una esfera, con un poliedro interno.

El poliedro surge de la polimatia —la diversidad de los conocimientos—, es por supuesto regular y simétrico. Un constructo de rayos, radianes, arcos y facetas triangulares realizado por los juegos de la \aleph ; rotundamente sencillo de tan rico y múltiple. Iridiscente.

Por fuera es una esfera alisada y densa, a la vez que dinámica en su trayectoria etérea. Las dos estructuras formales son un solo cuerpo, al parecer redondo. Un mundo, girante y avanzante procedente de muy lejos —siglo VI, antes de J.C. y de más atrás todavía—, por fortuna ahora visible y presente, incluso asequible; que está aquí, que seguirá estando mucho tiempo, por su cualidad de perdurable, y por su solidez.

Esta esfera con poliedro, tan animada —animada a hacer—, es un hombre venido de un pueblo de Teruel, que se hizo médico, salió a ver Europa hace cincuenta y seis años, aprendió alemán, griego, historia, patología, filosofía y todo lo necesario —para él todo era necesario—, a sus proyectos juveniles. Estudió para ser catedrático de Historia de la Medicina, lo que consiguió inevitablemente, siendo profesor brillante y haciendo a la vez historia en la medicina. Muchas historias. Muchos libros. Muchas ideas desarrolladas. Y dos obras.

Una de ellas: el producto de su trabajo, de sus investigaciones históricas y filosóficas, de sus cavilaciones y análisis es el gigantesco *Oppus Lainianum*, el producto de sus sabidurías y criterios. Lo que quedará.

La otra, consistió en hacerse a sí mismo: en formarse, perfeccionarse, reformarse, afirmarse y tiene los años que él cumple. Un *Oppus* con tiempo —tempo de Laín—, con estilo y con nivel Laín, y cuyas claves son el rigor, la voluntad, la profundidad, la laboriosidad, la responsabilidad, el respeto y la pasión por lo humano, el implacable servicio a la enseñanza y a la cultura. Por su capacidad y contenido se le ha llamado «la cabeza universal».

El médico y la medicina

Aunque no ejerce, Laín tiene conciencia y vivencias de médico, en algunos aspectos de asombroso realismo, sintiendo las situaciones del quehacer clínico «como de prime-

ra mano». Igualmente entiende al enfermo en sus anhelos y reacciones y percibe también la enfermedad como hecho anonadante que le sucede a una persona antes sana, alterando diversamente su existencia.

Acto médico, profesión de clínico, situación de enfermar, enfermedad como acontecimiento humano y relación médico-paciente son los temas de un estudio prolongado y reiterado que le ocupa a Laín la vida entera, y que desde la vastedad y hondura de sus conocimientos le sirven para crear una teoría de la patología humana: antropología y filosofía de la medicina. Elaboración mental pura y aplicable; grandiosa y original.

La obra —las dos—, de Laín, son el resultado de una decisión precoz y mantenida, de su vocación hacia el hombre y hacia el saber, apoyada en exigencias intelectuales de la mayor altura. Y han supuesto asimismo la preparación de un soporte metodológico e instrumental muy complicado, en un ambiente contrario al sistema que Laín iba necesitando.

Se tiene que armar de una cultura clásica y a la vez moderna, en áreas científicas, históricas y literarias con sus correspondientes expresiones y de las antenas aptas para la captación de las señales de su tiempo y de los signos —crípticos o simbólicos— del pasado.

Grecia, el prehelenismo, Roma. El Medioevo, el nacimiento de Occidente y el Renacimiento. El siglo XVI en España y Europa. El Nuevo Mundo. La razón, y los siglos XVII y XVIII. El XIX y la reinención de la Ciencia. Los cambios sociales, las ideologías y revoluciones. Siglo XX, el Progreso y los retrocesos, los probabilismos de la futurología. La realidad de antes y la de hoy, incluso la de mañana del enfermar humano.

En los conceptos, los autores, las escuelas y las corrientes doctrinales de toda época y lugar, Laín, va avanzando, haciéndose, en su praxis, en su logos y en cuanto persona. Mientras habla, explica, dirige y escribe.

El lenguaje le preocupa y ocupa, al darse cuenta inmediatamente de sus posibilidades y de sus limitaciones en la ideación: el lenguaje permite e impide ya que es el pensamiento mismo. A la vez, el pensamiento son los lenguajes, pues ambos surgen genéticamente en interestimulación y en interfecundación.

El lenguaje médico —tema de una serie de artículos que está publicando en *Jano* ahora—, reviste para Laín una importancia fundamental.

Es la base, el instrumento facilitador de los conceptos posibles y su calidad de precisión revela la riqueza intelectual de un contenido. O su pobreza y chabacanería, tan frecuentes en bastantes comunicaciones actuales, realizadas con tópicos vulgares y un exiguo vocabulario; en ocasiones, es desolador.

Laín aboga por un lenguaje sobrio y preciso, sin miedo a los neologismos —en Medicina indispensables—, ni a las novedades lingüísticas procedentes de la invención técnica. Un lenguaje cuidado y cuidadoso en el que las palabras y las ideas sean una realidad simultánea, como un cuerpo y su piel —piel ceñida y sin arrugas—.

La retórica está pasada y sólo representa junto al exceso de citas, la pobreza mental del hablante o escribiente. Pero si la medicina es una actividad de alta categoría intelectual deberá disponer de un léxico extenso que le permita realizar frases exactas adecuadas a la complicación intrínseca de los fenómenos.

Los datos tecnológicos y científicos con sus variables, deben ser traducidos para una «única lectura posible» en el receptor del mensaje.

Asistolia, cetogénesis, amaurosis lacunar... y cualquier expresión del diagnóstico y de la terapéutica tienen que llegar de una manera fulminante e inequívoca en el tam-tam del ejercicio médico.

Los lenguajes son muchos: el de las actitudes —favorable u hostil—, el afectivo —amable e indiferente—, el emocional —de simpatía o de agresividad—, el de los silencios que unas veces animan y otras desploman al interlocutor sobre todo cuando no puede llegar a serlo, si el médico no hace caso o «no recibe» la reclamación del demandante (de ayuda y de interés).

La medicina se hace en comunicaciones interpersonales, a las que Laín ha dedicado páginas brillantes valorando por igual las dos fases del diálogo entre el enfermo y el médico; el de las palabras —palabras-clave, palabras-drama—, que van de uno a otro, y el de sin palabras, el de la escucha —atendiendo y entendiendo—.

Un lenguaje claro y conciso es obligación del médico para el enfermo y la familia, elaborado con las palabras más adecuadas al interlocutor. A la vez el acto de escuchar en el que han sido maestros Freud y nuestro José Germain, es decisivo para la evolución de la enfermedad.

Pocos médicos escuchan hoy día, lo que es interpretado desde el paciente como falta de interés, más que por carencia de tiempo. Laín marca reiteradamente la transcendencia que tiene para un angustiado doliente el hecho de ser oído con atención, expresiva de que «le están haciendo caso».

Variados lenguajes, formas muy distintas de entendimiento médico-paciente, ya que la situación morbosa necesita ser transmitida, recibida y confirmada.

El médico con más cultura e informaciones dispondrá de variados lenguajes para las infinitas —tantas como individuos trate— situaciones en que se encuentre, adaptándose él al paciente y no al revés. Habrá de esforzarse en ser bien comprendido, repitiendo y explicando todo lo que haga falta. Lo que el enfermo necesite.

Hoy la medicina se enfrenta a la revolución de sus medios expresivos: las nuevas formas de conceptualización, codificación, decodificación y de iconografía. Los lenguajes a-verbales y los metalenguajes encuentran a un Laín joven y moderno en condiciones de recepción comprensiva y de aceptación inmediata.

Nueva morfología, velocísima transmisión de las señales, preparación del mensaje para su emisión, universalismo con una sola ciencia en el mundo, alta tecnología y adecuación mental para «otros modelos» de pensamiento, son engullidos por Laín para una digestión tranquila.

Pedro Laín es hombre de hoy y de mañana. No se opone a la informática electrónica, «la pone» en su sitio, como auxiliar valioso e indispensable en las ciencias médicas contemporáneas: las que se están transformando en conceptos, instrumentos y métodos para entrar bien en el siglo XXI.

Laín tiene capacidad anticipatoria y está en condiciones de lucidez y de ánimo para comprender los sistemas estocásticos y prospectivos. Ha encarado la futurología, desde su formación histórica con ironía y benevolencia, sin fanatismo, sin deslumbramientos